

Tenia yo envuelta en mi pañuelo la extremidad del ramo..... ¿Comprendéis?

CARNIOLI.

Comprendo perfectamente.

(Cae el telón).

LEONOR, levantándose.

¡Oh! salvémonos. (Se ríe.) ¡Oh! ¡qué aventura, Dios mío! Un pañuelo magnífico, creedlo. (Tomando el brazo de Carnioli, sale.) ¿Restituirá vuestro poeta? (Se ríe á carcajadas.)



IV.

En el camino de Pozzuoli.—La misma noche.
Claridad de luna.

ROSWEIN, andando despacio.

.....¡Extraña mirada! Ya lo había yo advertido en aquel baile. ¡un incendio en la noche! su negra pupila rueda en sus profundidades de ardientes efluvios y de partículas de oro como un mar sombrío incrustado de estrellas.....—¿Qué pensamientos misteriosos se agitan en esa cabeza altiva bajo esa frente pálida y enojosa?..... ¡Bah! ¡el que penetrara en los abismos de esa poética melancolía no encontraría más que el vacío y la nada!— ¡Las preocupaciones triviales de una mujer, la rutina mundana, el recuerdo de un vals ó la fantasía de un peinado!..... Nuestra imaginación, avida de ideales, crea á menudo con varias apariencias esos falsos tipos novelescos, que se disipan, luego que se les toca, en elementos vulgares.—Nada hay bajo el sol más semejante como una mujer y una mujer. — Aquellas cuya alma no desmiente los sueños gratos ó profundos que nos ha ingerido su belleza, son muy raras.....(con emoción) ¡Martha querida!..... ¡querida, verdad! (Da algunos pasos en silencio.) Una distracción..... es evidente..... Ella fué la primera en reír..... Y sin embargo, en el momento en que el ramillete se desprendía de su mano, yo la miré; sus ojos se abrieron repentinamente como una nube que lanza el rayo..... ¡Me cubrió de llamas.... (Con cólera) ¡Ah! ¡qué me importa!..... (Da algunos pasos.) ¡Esta miserable hilacha de blonda me quema el pecho! (Saca el pañuelo de Leonor y lo arroja. ¡Vete! (Una ráfaga de viento lo trae à sus pies; lo recoge y se detiene apoyado en un árbol del camino) ¡Son los perfumes mortales del Oriente; ha empapado este pañuelo en el veneno como un puñal indio.

¿Qué me quiere esta mujer? ¡Estoy seguro de que lo ha hecho á sabiendas!..... ¿Qué me quiere? ¿qué bárbara distracción se propone? ¿hasta dónde la ha llevado?...
.. ¡Ay! ¿por qué juzgar mal?..... ¡Por gran dama que sea, tal vez es una soñadora entusiasta, una pobre alma apasionada de quimeras, que mece en sueños de niño sus ocios eternos!..... Ese mundo me es desconocido. ... ¡Cuántas veces he deseado penetrar en el santuario de una de esas ociosas olímpicas,.... estudiar en uno de esos corazones blasonados un idioma desconocido del lenguaje de las pasiones!..... ¡Prestigio invencible que nos alucinan esas soberbias parisienses! No parece sino que su belleza, mientras más pura y más delicada, se va divinizando poco á poco en los refinamientos de un lujo hereditario; no parece sino que sus cuerpos están formados de una sustancia inmortal..... y que el solo contacto de sus manos debe sobrecogernos del terrible placer que petrificaba á los pastores antiguos cuando los visitaban las diosas enamoradas!..... ¡Ridícula ilusión!..... una hora..... un instante me bastaría para extinguir esta última curiosidad de mi juventud..... Después quedaría yo más tranquilo, no dejando en pos de mí ninguna seducción viva, ninguna tentación en pie.... Este ideal, visto de cerca, desaparecería hecho polvo como todos los demás..... Ella vive cerca de aquí..... Sí, me bastaría un instante..... podría sin faltar á mi palabra..... ¡Ay! ¡qué vergüenza! ¡cobarde corazón, antes te desgarraré con mis manos! ¡sangre maldita, antes te derramaré fuera de mis venas! (Se aleja á pasos precipitados.)



V.

Un gabinete de la Quinta Falconieri.—Interior de suntuosa elegancia.

LEONOR, sumida en los cojines de un diván;
CARNIOLI, de pie, jugando con una silla.

CARNIOLI

Me prometo, pues, veros en Madrid á mediados de Junio.

LEONOR.

Sí.

CARNIOLI.

Vuestra conversación es la de una persona que se aburre, princesa.—Si para interrumpir el curso de vuestras ideas, cenásemos, ¿qué diríais?

LEONOR.

No.

CARNIOLI.

¿Queréis que me vaya?

LEONOR.

No.

CARNIOLI, tocando el teclado de un piano.

¿Queréis que os toque el canto de Boabdil?

LEONOR.

No.

CARNIOLI.

¿Queréis que os diga lo que queréis?

LEONOR.

Decidlo.

CARNIOLI.

Queréis ver al Señor Andrés Roswein.

LEONOR.

Sois un insolente, Carnioli; pero no me importa. Hago tanto caso de vos, amigo mío, y del mundo entero, como de una moneda de cinco francos.

CARNIOLI.

Del mundo entero, menos del joven Andrés Roswein.

LEONOR.

Por supuesto.

CARNIOLI.

Tened un poco de paciencia. Va á venir.

LEONOR, con la misma indiferencia.

Si tuviera tanta vergüenza, ¿os atreverías á decirme que lo recibiera?

CARNIOLI.

Permitid, princesa: vos le daréis una mala acogida, le haréis sentir todo el peso humillante de vuestro desprecio, y lo devolveréis á su novia doliente y lastimado. Es indudable que lo haréis; pero al fin sentiréis grangozo con vuestro proceder. No todos los días hay un poeta á quien destrozar.

LEONOR.

Decid de una vez que yo le arrojé mi pañuelo voluntariamente, y no hablemos más.

CARNIOLI.

No digo eso.

LEONOR, levantándose en el diván con violencia.

Pero lo pensáis. ¿Pues qué, no veo claramente que lo estáis pensando? ¡Sed franco una vez en vuestra vida! Habéis creído que obedecía yo servilmente, como una esclava del harén, á las odiosas sugerencias de que me habéis rodeado toda la noche!..... ¡Sois un miserable!..... ¡Ay! lo siento por ese joven que es inocente de todas vuestras maniobras!..... Pero si viene, ¡desgraciado de él! ¡Lo haré abofetear por un criado!..... ¡Le arrojaré al rostro vuestras indignas sospechas!

MATEO, entrando.

¡Ahí está un joven que se empeña en que se entregue esta tarjeta á la señora princesa. (Leonor toma la tarjeta, la lee y se echa á reír.)

LEONOR.

Salid, Mateo; yo os llamaré. (Mateo sale.—A Carnioli. Es él. ¿Qué me aconsejáis?)

CARNIOLI, muy grave.

Princesa, es peligroso chancearse con vos. Acabo de oiros calificar con extraña severidad algunas bromas de gusto tal vez equivoco, pero cuya intención no lo era seguramente. Es humillante para mí tener que deciros que mi idolatría artística no llega hasta el punto de inmolar en los altares de mi fetiche los sentimientos inviolables de la amistad y del honor.—Para no exponerme otra vez á tales desprecios, daré una respuesta seria á una pregunta que, en mi concepto, no lo es: señora, no debéis recibir á ese joven.

LEONOR.

¿Por qué?

CARNIOLI.

Porque sería un escándolo. Eso salta á los ojos.

LEONOR.

¿Pues no queríais hace poco que lo invitara á cenar?

CARNIOLI.

Es cierto; pero es muy distinto, señora, recibir á un hombre á título de invitado, de acogerlo en calidad de galante castellano que se aventura á entrar á las casas fiado en un ramo y en un pañuelo caídos á sus piés. La distracción que sufristeis dejaría de sarlo á los ojos del mundo, si vos fuerais á justificar de algún modo la favorable interpretación que parece haberle dado este joven.

LEONOR.

¿Y no me habéis suplicado que en gracia del arte y del mundo civilizado, gastase yo una coquetería con el joven maestro?

CARNIOLI.

Yo os pedí que le echarais el anzuelo, y no una red, como lo habéis hecho.

LEONOR.

Explicaos, amigo mío.

CARNIOLI.

Me explico, princesa. Todavía es tiempo. Perder su pañuelo, no es nada; pero acoger en su casa á media noche en filo, al que se lo ha encontrado, eso ya es alguna cosa.—Añadiré que sería confiar demasiado en mi buen humor el creerme dispuesto á amenizar con mi presencia una entrevista de este género.

LEONOR.

¿A qué hora marchais para España?

CARNIOLI.

Luego que me hayáis dado de cenar ó que me pongáis en la puerta.

LEONOR.

Pues bien, marchaos.

CARNIOLI toma su sombrero, saluda profundamente á Leonor, y se dirige hácia la puerta.—Al momento de salir murmura riéndose con disimulo:

¡Vaya, no he representado mal mi papel! (Sale.)

LEONOR.

¡Mateo! (Mateo entra.) Que pase ese señor.—¡Ah! Mateo, tened cuidado con lo que os he dicho. (Mateo sale.)

LEONOR, sola un instante. Se levanta, echa una mirada á un espejo que está detrás de ella, y vuelve á sentarse. Se queda pensativa, con la mano en la mejilla.—Roswein entra: su semblante está alterado.

ROSWEIN.—LEONOR.

LEONOR con voz untuosa.

Señor Roswein..... (Lo mira un momento.) he oído decir que os vais á casar..... ¿Venís á lo que parece á convidarme á vuestra boda?

ROSWEIN, turbado.

Mi paso, señora, lo sé.....

LEONOR.

Vuestro paso, señor, me honra demasiado. ¿Cómo no me han de halagar hasta el fondo del alma los sentimientos de particular consideración á mi persona, que evidentemente os lo han inspirado? Es verdad que en rigor podría yo quejarme de la hora que habéis escogido para tener esta cortesía; pero eso es una bagatela, y no hay que tener en cuenta las formalidades entre un par de amigos como lo somos, vos y yo, señor Roswein, ¿no es verdad? (Cambiando de tono.) pero señor, ¿qué os sentís mal? Estais terriblemente pálido.

ROSWEIN, con voz débil.

Me retiro..... he venido solamente á devolveros este pañuelo..... que me han dicho os pertenece. ...

LEONOR, tomando el pañuelo y levantándose

Pero vos estáis malo, no tiene duda..... voy á llamar..... (Se levanta.)

ROSWEIN.

¿No..... por favor! Me retiro. (Se dirige á la puerta con paso vacilante.)

LEONOR, con el mismo tono de sequedad y de fría reserva.

Os vais á caer..... sentaos hasta que os sintáis mejor. Os dejo, estaréis más libre. (Levanta una cortina y entreabre una puerta lateral; después se vuelve, y viendo á Roswein que se apoya con mano trémula en un mueble.) ¡Dios mío! pero si es un niño completamente! Sentáos pues..... cesad en vuestra turbación..... Es negocio concluido. (Vuelve á donde está él, y en tono imperioso añade.) ¡Vamos, sentaos! (Roswein cae sobre un sillón con la mano en la frente. Leonor alza los hombros y se deja caer en el diván.) ¿Sois, á lo que veo, señor Roswein uno de esos nigromantes de tierno corazón que se desvanecen ante la aparición que ellos mismos han evocado?

ROSWEIN, con voz débil.

Es la fatiga,..... señora,..... una fatiga excesiva..... tened á bien excusarme.

LEONOR.

En empresas tales, no es el desfallecimiento lo que debe excusarse.—Hablemos de vuestra ópera.—¿Van á publicarla pronto?

ROSWEIN.

Si, señora.

LEONOR.

¿No pensáis arreglar para una sola voz el motivo del coro de las Granadinas?

ROSWEIN.

Sí, señora, tal es mi intención.

LEONOR.

Lo celebraré mucho por mi parte.

ROSWEIN.

¿Cantáis, señora?

LEONOR.

Sí, pero no duos—Cencerreadme en el piano cualquier cosa para acabar de reponeros. ¿Tenéis voz?..... Sí..... voz de compositor... .. Vamos, ya os escuchó.

ROSWEIN se sienta al piano.

Después de algunos preludios canta una melodía de un ritmo lento y religioso, sostenida por un acompañamiento que se anima y se exalta poco á poco. Leonor se levanta durante la serenata y se acerca en silencio á un balcón que está abierto á la altura del jardín, y que deja ver, envueltas en una claridad boreal, las escaleras, las estatuas y los bosquecillos de un parque italiano. Está inmóvil, con el codo apoyado en una de sus manos, mientras que la otra corta el puro óvalo de su rostro de gracioso y severo atractivo. A veces se vuelve y dirige una rápida mirada á Roswein. Cuando el joven acaba de cantar, Leonor queda sumergida en su contemplación. Su elegante perfil se dibuja en el cuadro de la ventana, sobre la blancura del cielo y sobre los arabescos iluminados del balcón. Roswein la mira en silencio.

LEONOR, volteándose con violencia.

¿Y bien?

ROSWEIN.

¿Señora?

LEONOR.

¡Se acabó!..... Está bien. Ya tenéis un rostro presentable. Ya podéis iros ahora; vuestra novia no sospechará nada. ¡Idos, hijo mío!

ROSWEIN, suplicando.

¿Me perdonáis, señora?

LEONOR.

Permitid, señor Roswein: no gastéis ningún desprecio. Os habéis enfermado en mi casa, y os he tratado como tal enfermo; y no podéis exigirme otra cosa. Eso revelaría en un poeta el desconocimiento absoluto de los resortes más elementales del corazón de una mujer. (Se vuelve á sentar riéndose.) Porque, en fin, ¡es inaudito que no estéis enamorado de mí!..... Esa frívola excusa con que se disculpa generalmente las temeridades del género de la vuestra, y la única con que una mujer está dispuesta á darse por satisfecha más ó menos, vos no la podéis invocar..... ¡Habéis venido á mi casa porque lo habéis consentido, nada más; porque tuvisteis ese capricho!..... ¡Entráis á mi sala como á un baile público..... como á un palco del teatro; le robáis una hora de vuestros ocios á vuestra dama, y me hacéis el favor de consagrármela!..... En honor de la verdad, señor Roswein, cuando estas calaveradas se dirigen á una mujer que no está acostumbrada..... (Se ríe.) Por lo demás, os lo diré, os perdono con todo mi corazón. Trabajad mucho, señor Roswein; eso es lo principal. Dadnos cada año una ópera como la *Toma de Granada*, y estad seguro de que yo iré á aplaudiros con todas mis fuerzas; aunque siempre tendré cuidado de coger bien mi pañuelo, para no distraeros de vuestras ocupaciones. Os saludo, caballero. (Roswein se inclina y se vá; cuando ya está cerca de la puerta, Leonor le dice con más dulzura:) ¿No me aborrecéis?

ROSWEIN.

Yo no aborrezco á nadie más que á mí, señora.....
Ya que la lección ha sido amarga y sin compasión....
al menos, que sea completa: no me dejéis creer, señora, os
lo ruego, que siendo un poco atrevido hubiera obtenido
vuestro perdón y un grato recuerdo; que con menos res-
peto hubiera alcanzado más gracia; que algunas palabras
de amor las hubiérais acogido con más benevolencia que
mi silencio y mi turbación.

LEONOR.

Sois un joven muy prudente, señor Roswein; probáis
el agua, como dicen. No rehusaríais absolutamente ha-
cerme manifestaciones de amor, si yo os apremiase con
mi ruego, ¿no es verdad? pero aun así querríais quedar
garantizado, por un notario quizá, de que se tendrían en
cuenta y de que por esos anticipos no seríais..... Des-
graciadamente, yo no puedo ofrecer os ninguna garantía
sobre este particular, porque soy una mujer algo rara, y
porque me entrego algunas veces por inspiración.

ROSWEIN.

No puedo deciros palabras de amor, señora!—Lo ha-
béis comprendido, y me estáis agradecida por ello.....
No os amo..... Os me aparecisteis..... y he seguido,
como en un sueño sacrilego, la huella luminosa de vues-
tras miradas..... y he venido á despertar á vuestros
pies..... sobre las gradas del templo en que impera
vuestra belleza! Hé aquí mi delito: os ruego que no lo
juzguéis conforme á las leyes de un mundo que no conoz-
co, lo confieso..... Habéis castigado al hombre que
ignora las reglas del saber vivir..... Ahora, ¿no otor-
gáis vuestro perdón al poeta,..... al que os ha hecho
sonreír, al que os ha hecho llorar?..... Si el poeta no
fuera un loco, no tendría sobre las almas ese mági-
co poder..... ¡Aunque se extravíe, señora, aun-
que os ofenda, dignaos absolverlo de esa locura que os

ofrece vuestros gustos favoritos; de esa embriaguez que
vierte vuestros placeres!..... Dignaos comprender-
me,..... os lo ruego.. .. Nosotros somos como el
escultor griego, que se enamoraba dolorosamente de la
obra de sus manos..... Ese mundo de la ficción, ese
mundo superior cuya visión fugitiva os exalta un mo-
mento en medio de los nimbos de un teatro, á nosotros
nos posee..... nos seduce..... nos arrebató siem-
pre..... ¡Siempre vamos persiguiendo la quimera
en un sueño sin fin..... queremos vivir en las nu-
bes..... y amar á la sombra! ¡Mi disculpa, señora,
si es que tengo alguna, os la diré: es ese mundo lo maravi-
lloso del que he visto, del que he creído ver en vuestros
ojos el prestigio sobrenatural; es ese mundo del que he
venido á buscar cerca de vos,..... en el esplendor sa-
grado de vuestro palacio,..... aunque fuese por un
instante,..... y al precio del remordimiento y de la
vergüenza..... la deslumbradora realidad!

LEONOR, con impaciencia.

¿Y la habéis encontrado?

ROSWEIN.

¡Sí! ¡Sí!..... cuando estábais allí, hace un mo-
mento, cerca de aquella ventana, dejando tal vez vos
misma sorprender vuestro pensamiento á los sueños
de las noches de estío, ¿no he visto con mis ojos
que la diáfana claridad de una aurora inmortal, baña-
ba el balcón de Julieta?..... ¿No he sentido que se
agitaba al lado mío la blanca vestidura de la pálida Des-
démona?..... Sí, señora; he visto animarse en la irra-
diación de vuestra persona, todas las visiones encantado-
ras que pueblan la fantasía humana;..... he vivido
un instante de su vida sobrenatural;..... he respira-
do el aire que ellos respiran;..... he apagado mi ar-
diente sed acercando á mis lábios la copa divina del
ideal,..... y vuestra mano me la ha presentado.....
¡No lo habéis querido, y sin embargo os lo agradezco!....

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

LEONOR.

Habláis como un libro..... Pero, en resumen, ¿cuál es el fondo de todo esto?..... Vale más una buena razón, que cien malas ¿Me amáis?

ROSWEIN, tratando de sonreír.

Os he dicho que nó, señora.

LEONOR, imperiosa,

¡Respondedme, pues! ¡Creo que tal pregunta, cuando yo la hago, merece una respuesta.

ROSWEIN, muy conmovido.

Señora, hace breves instantes que le he dicho á otra mujer que la amaba. (Se golpea la frente con angustia.)

LEONOR, con voz lenta, con amarga sonrisa.

Tengo gana de humillaros un poco, señor Roswein. Sóis poeta; el amor es vuestra ciencia..... oficial..... Me veo tentada de probaros que una pobre mujer,..... cuyo oficio no es sostener tésis sobre la materia,..... puede sin embargo, dada la ocasión,..... nada más porque es mujer, y porque tiene alma,..... conocerla mejor que vos..... ¿Decís que estáis enamorado?..... ¿De quién? lo ignoro,—y creo que vos también lo ignoráis,..... pero en fin, estáis enamorado..... y os turbáis,..... tenéis miedo,..... miedo del sufrimiento,..... de los remordimientos,..... de la vergüenza!..... ¿qué sé yo? ¡Miedo de todo! Pues bién, señor; yo, si hubiera amado alguna vez, si una verdadera pasión hubiera invadido..... no mi cabeza como vano ensueño de poeta,..... sino mi corazón y la sangre de mis

venas,..... ¡os aseguro que no habría tenido miedo de nada! ¡Acaso habría sido culpable,..... pero cobarde, nunca!.....

ROSWEIN.

¡Señora!

LEONOR.

¡Yo habría mirado valerosamente al espectro frente á frente; habría yo sentido desde la primera mirada que le pertenecía toda entera,..... y me habría abandonado sin debilidad,..... sin hipócritas reservas,..... á su mortal abrazo!..... (Se levanta, adelanta un paso hacia él, y prosigue con voz sombría y viva.) Habría hecho más, señor Roswein,..... Un nombre ilustre, un honor sin mancha, una posición respetable, los habría destrozado y sacrificado juntamente con mi vida y mi alma á los pies de aquél que yo hubiera amado..... Habría aprovechado alguna ocasión solemne para aumentar el ruido y realizar el escándalo de una vergüenza, para mí gratísima..... Habría arrojado mi guante públicamente..... en pleno teatro,..... á la crítica de las gentes, á fin de no dejar nada entero, nada posible en mi vida sino mi amor.....

ROSWEIN.

¡Señora!..... ¡por piedad! ¡os lo ruego encarecidamente..... no juguéis con mi razón! (Se oye el ruido de un coche que se detiene bajo los balcones.)

LEONOR, bajando la voz con expresión de ternura dolorosa.

Y si me hubieran desdeñado, Roswein,..... lo cual es fácil,..... porque raramente hay en la tierra, al mis-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO ALFONSO REYES

mo tiempo, dos amores semejantes; pues bien, habría yo encontrado'..... sí, habría yo encontrado un extraño placer en el exceso mismo de mi humillación..... ¡Me habría alejado sola!.... sola para siempre, á un rincón ignorado del mundo, feliz y sonriente como ahora me véis, á envolverme en mis llamas..... y morir de mis heridas!..... (Con voz apenas distinta.) ¡Adiós!... Y ahora componed sonetos al amor..... Al menos sabréis de lo que habláis..... (Se dirige á la puerta, Roswein cae sobre el diván, dirigiéndole una mirada extraviada; Leonor, derrepente, se vuelve sobre sus pasos, toma vivamente con las dos manos la cabeza del joven, y le besa la frente.)

¡Adiós! (Sale corriendo.)



VI.

En el cuarto de Sertorio.

Una mesita servida para la cena en medio del cuarto.

La ventana está abierto.

SERTORIO, MARTA, sentados á la mesa
frente á frente.

SERTORIO, la punta de la servilleta
prendida á su chaleco.

Buena, chica, ¿todavía no tienes hambre?

MARTA.

Estoy comiendo, padre mío, ya lo véis.

SERTORIO,

Migajas de pan seco y tragos de agua clara. Me
causas pena, hija mía. ¿Estás enferma?

MARTA.

¡Oh! No tengo nada, padre mío. (Se bebe un vaso de
agua,]

SERTORIO.

¡Cómo! ¿Este aloncito dorado, no te gusta, querida?
¿Tendré que tomarlo yo?..... ¡Ah! ¡Ya sé lo que tie-
nes! ¿Todavía estás en Granada,—en plena Alhambra,—
en el patio de los Leones? Si, tu oído distraído y tus mi-

radas perdidas me lo están diciendo: tu alma viaja todavía, al capricho de las brisas armoniosas, bajo las arcadas moriscas y sobre la cima aérea de las palmeras..... Haces mal, hija mía, no somos espíritus puros. El alma, á pesar de su incontestable superioridad, no debe usurpar los derechos de la humilde materia. Debemos procurar, aunque nos sea penoso, conservar entre estos dos elementos de nuestra existencia el equilibrio que reclaman igualmente la higiene y la moral..... Eso tengo yo de bueno, que las impresiones más vivas de mi vida intelectual no entorpecerían la acción regular de mis facultades físicas; ¡sentado que estuviera en la mesa de las nueve Musas, no perdería un solo bocado!..... Por lo demás, yo bien sé que es muy raro que la máquina humana funcione en la juventud con ese perfecto equilibrio; tiene que inclinarse á un lado ó á otro.—¡Todavía más agua! ¡tú vas á ahogarte!

MARTA.

Está la noche muy calurosa. Se ahoga uno.

SERTORIO.

¿De dónde tomas que se ahogue uno?

¡Ah! ¡Tú estás en Granada,—lo había olvidado!— ¡Admira, hija mía, el poder del poeta! ¿Qué es un teatro? Un tablado sucio, rodeado de bastidores pintarrajeados, sobre el cual se agitan, á la triste claridad de lámparas infectas, algunas mujeres sin moral y algunos jóvenes sin belleza.....

Pues bien, llega un poeta, exhala un soplo de su pecho en aquellas tablas y sobre aquellos títeres,—y hénos á nosotros repentinamente, ante esa escena vulgar, ante ese grupo innoble, transportados en éxtasis, como si se hubiera entrabierto á nuestros ojos un pedazo del cielo..... ¡El tablado se convierte en nube..... el gas fumoso esparce una claridad de apoteosis sobre palacios fantásticos'..... los títeres se elevan á la talla de Genios—y hablan entre sí no sé qué lenguaje sobrehumano!.....

¡Ay! ¡si alguna vez el hombre puede sentirse justamente orgulloso, es cuando opera, á un golpe de vista, ante una multitud absorta, una de esas sublimes transfiguraciones;—es cuando aparece él mismo, semejante á Dios, rodeado con la aureola de ese mundo radiante que él sacó de la nada!..... ¡El joven Roswein es feliz! Además, lo merece. ¡Voy á beber á su salud esta copa de *lacrima-christi*, esta lágrima del sol! Me propongo ir mañana á felicitarlo luego que me levante: tengo curiosidad de ver cómo me recibe. ¿Crees tú, Marta, que en lo de adelante me desprecie?

MARTA.

Sería muy pronto.

SERTORIO.

Haría mal, porque, si no me engaño, él y yo tenemos un talento del mismo género; no más que el suyo es más aparente y el mío más recóndito: esta es la única diferencia que yo encuentro.—Su canto de Boabdil está modelado en mi canto del Calvario: es muy particular esto, hija.

MARTA.

Es natural que vuestro discípulo haya adquirido vuestro estilo.

SERTORIO.

No es mi estilo propiamente hablando, Marta..... (Bebe.) es el gran estilo. He observado con gusto que el público vuelve sobre sus pasos y se va aficionando á él.— ¡En verdad que he pasado una noche muy agradable!... Si se suprime esa desgraciada marcha, que pronto tocarán los organillos, hay que confesar que el muchacho ha compuesto un verdadero *capo d' opera*..... Otra vez bebo á su salud, á su genio, á su fortuna..... (Bebe.) Y no añado á sus amores, Marta..... ¡Ay! ¡ay! perdóna-

BIBLIOTECA ALFONSIANA

me esta broma, hija mía!..... pero temería yo comprometer mi conciencia, porque los amores de artista, en general, no merecen que los aliente un padre de familia. (Se levanta.) ¿Qué miras con tanta atención por la ventana, chiquilla? (Se acerca á la ventana.) ¡Qué hermosa luna! parece de día

MARTA.

No parece sino que hay nieve allá abajo, sobre las ruinas.

SERTORIO.

¡Es verdad! ¡Si estuviéramos en Alemania, juraría yo que era nieve!

MARTA.

¿No echáis de menos alguna vez la Alemania?

SERTORIO.

Nunca.

MARTA.

Sin embargo, dicen que la tierra natal tiene un atractivo irresistible para el corazón de un anciano..... en cuanto á mí, si quisierais volver os seguiría de buena gana. La Alemania es el país de mis sueños.

SERTORIO,

¡Niña! ¡niña mimada! ¡Todo el mundo sueña con Italia..... y ella sueña con Alemania!..... ¡Ay! por esa parte eres como todas las mujeres, hija mía.

MARTA.

Es mi patria.—Por mucho tiempo que haya vivido bajo éste hermoso cielo italiano, me considero siempre

desterrada!..... mi rostro mismo me recuerda que yo aquí soy extranjera!..... mis ojos buscan sin cesar una nube en este eterno cielo azul!..... Yo no he nacido para esta vida esplendente de un sol deslumbrador.... Esta perpetua agitación, este lenguaje turbulento, estas pasiones estrepitosas y ficticias del Mediodía, me son insoportables..... Yo aspiro á la sombra y al silencio..... Me juzgaría yo feliz encerrando mi vida junto á la vuestra en una antigua casa flamenca con sus vidrieras de iglesia,..... en uno de esos interiores austeros y apacibles que se ven en los cuadros, y que sólo animan algunas figuras de vecinos alemanes, alumbradas por la suave claridad del hogar. Me gustarian esas largas veladas de invierno que se pasan bajo la campana de una antigua chimenea, ocupadas en el trabajo y la conversación de la vela, mientras que la nieve se amontona allá fuera, sobre los techos góticos,..... y que el cierzo murmura á la puerta las leyendas de Navidad..... Esta es mi Alemania.

SERTORIO.

¡Muchas gracias! ¡Tu Alemania es Rusia!

MARTA.

Sin embargo, padre mío, me habéis ofrecido llevarme alguna vez.

SERTORIO, con gravedad.

Si, iremos, hija mía; iremos á cumplir una triste y piadosa peregrinación.....

MARTA.

¿Y nos quedaremos allá?

SERTORIO.

No..... ¡oh! ¡no, gran Dios! ¡Te pareces mucho á tu madre!..... (Da algunos pasos.) Ne he olvidado el

día en que me apresuré á abandonar mi sombría patria, cargando en mis brazos todo lo que me quedaba en el mundo: ¡una pobre niña vestida de negro, que sonreía á mis lágrimas!

MARTA.

Me váis á regañar, querido padre mío;..... pero tengo un pensamiento que me abruma, y quiero deciroslo de una vez para no volver á hablar de él nunca..... no moriré tranquila si no me prometéis que mi cuerpo reposará en el mismo suelo al lado de mi madre.

SERTORIO.

¡Cállate! ¿Te has vuelto loca? ¡cállate!

MARTA.

Estoy llena de vida y de fuerza, padre mío..... lo siento bien..... No abriguéis ningún temor..... no es más que una debilidad de mi alma; pero una vez que he tenido el valor de confiársela, haced cesar la pena que me causa,..... prometiéndome lo que os pido.

SERTORIO.

¡Cállate, pues, desventurada!

MARTA.

Padre mío, prometédmelo.

SERTORIO.

Os lo prometo.—Pero eso está mal, hija mía..... No me gustan esos excesos románticos de una sensibilidad inútil. Estoy disgustado.

MARTA, tomándolo de la mano y riéndose.

No..... se acabó..... ¿Me perdonáis? Decidme que me perdonáis.

SERTORIO.

Sí. (Sigue andando.)

MARTA.

No lo decís de veras.

SERTORIO.

Te digo que sí.

MARTA, riéndose siempre.

Dadme una prueba..... Tocadme el *Canto del Calvario*..... Os prometo que lloraré.

SERTORIO.

¡Imposible, niña!..... Ya hice el voto..... ¡El día de tu matrimonio, ni un minuto antes! (Marta se voltea prontamente al ruido de un coche que pasa bajo la ventana; se inclina hácia afuera, da un grito terrible, y se desploma sobre el pavimento.)

SERTORIO, acudiendo á ella.

¡Cielos! ¿Qué tienes? (Sosteniéndola con una mano, dirige la vista al camino, y distingue, en una calesa abierta, tirada por caballos de pósta, á Roswein sentado junto á Leonor; el anciano se da un golpe en la frente y exclama) ¡Miserable! ¡me arrebató á mi hija! ¡me arrebató á mi hija! ¡Oh! ¡miserable! ¡Dios justo! Dios vengador..... ¡Gertrudis!..... ¡auxilio! ¡auxilio! ¡mi buena Gertrudis! (Levanta en sus brazos á su hija desmayada.)